

# **UNA TARDE DE TOROS EN VILLARROYA DE LA SIERRA**

**(Zaragoza)**

Villarroya de la Sierra dispone de antiguo de una plaza de toros y la historia de su afición taurina puede resultar ejemplar. Estas breves páginas intentan rescatar del olvido, desde el plano etnológico, cómo era una tarde de toros en una pequeña población aragonesa, a mediados del siglo XX, en la que las formas de vida antigua y tradicional seguían prácticamente sin alteración desde los siglos precedentes.

Los festejos taurinos han constituido, y así continúan, siendo la máxima atracción de las fiestas, que tradicionalmente se denominaban “ferias” por venir éstas de las que se daban desde el siglo XVIII para la compra-venta de ganado caballar, y otros animales domésticos como cabras murcianas, tocinos para cría..., además de todo lo relativo a productos manufacturados y trueque, celebrándose entre la terminación de las faenas agrícolas del cereal y la preparación de la *vendema* (17 al 19 de septiembre), añadiéndose el día 16 a mediados de los años cincuenta del pasado siglo con motivo de la puesta en marcha de la Cooperativa del Vino, si bien hoy día se adelantan para hacerlas coincidir en fin de semana, ante la situación de despoblación generalizada del mundo rural.

En la actualidad, Villarroya de la Sierra cuenta con una activa y numerosa peña taurina que dinamiza y fomenta la afición a los toros, denominada El Salcedo, tomando el nombre del paraje enclavado en la Sierra de la Virgen, dónde existían, antes de la repoblación forestal de los años cincuenta del último siglo, amplias dehesas para pastos de ganado vacuno.

## **LA PLAZA DE TOROS LA DULA**

Una de las actividades iniciales de la peña taurina fue acondicionar la plaza de toros, con obras de ampliación del graderío antiguo, compartimentación y manejabilidad del corral para las reses, mejora de los burladeros..., pero es el cometido del presente texto hacer memoria de cómo era una tarde de toros en la plaza que conocimos.

La estabilidad de la frontera con Castilla, debida, entre otras razones, a la unión de estados que supuso la política de Fernando II de Aragón y de sus sucesores, produjo ciertas transformaciones urbanas. En el caso de Villarroya, las murallas que protegían la población van perdiendo importancia y se demuelen tramos que dificultan la expansión urbana debida a un crecimiento demográfico. Existe una mayor necesidad de terreno edificable y también se aprovechan sus muros como elemento estructural sólido al que adosar las nuevas construcciones. En esta época surgen, ante la necesidad de dotar a la población de nuevos espacios públicos de representación y relación, numerosas obras de ampliación y mejora urbana. En esta situación, una vez superado el recinto murado, en la zona denominada hasta nuestros días como la Dula (palabra de origen árabe *-dawlah-* o *-dula-*, que se refiere a los terrenos del común dónde se echan a pastar los ganados, principalmente caballar, de los vecinos de un pueblo, bien en su conjunto o por turno),

no es descabellado pensar, que en dicha zona, situada entre los dos castillos y con salida desde el interior del recinto a través de un portillo al efecto, podrían darse desde antiguo, festejos y eventos extramuros, aprovechando la zona plana limitada por la propia muralla y los taludes contiguos del terreno natural, conformándose el actual recinto taurino en fechas a caballo entre los siglos XVI y XVII, en las que el auge por este tipo de celebraciones propiciadas por los Austrias, cobran especial relevancia.

Así pues, el espacio para las celebraciones taurinas en cuestión, se resolvió mediante un cuadrilátero de aproximadamente 25 metros de lado, delimitado por una serie de corrales para los animales, en su mayor parte sin cubrir, adosados a la cara NE de la muralla de tapial; el talud natural al S-E en el que se practicó un graderío de obra, y los otros dos lados al NO y SO, por viviendas y corrales respectivamente que los separaban de las calles circundantes, encontrándose la puerta de acceso en el ángulo de los últimos lados mencionados. La construcción de estos corrales estaba resuelta a la manera tradicional a base de muros perimetrales y medianiles heterogéneos de tapial y adobe sobre zócalo de mampostería de piedra, coronados por bardas de aliagas aseguradas con piedras y barro para disuadir a posibles intrusos y sobre todo evitar la de la zorra con la consiguiente ‘escabechina’ que producía.

## **EL ACONDICIONAMIENTO DE LA PLAZA PARA LOS FESTEJOS TAURINOS**

Durante el año, el recinto se utilizaba exclusivamente como acceso a dichos corrales y para la práctica de alguna faena agrícola de los propietarios y los de la zona, como la preparación de los *fencejos* para la siega, el secado de legumbres, la realización de cuévanos para la vendimia, cañizos y cestos..., pero unas semanas antes de las ferias comenzaba una frenética actividad, sobre todo por las tardes -y siempre que las faenas agrícolas lo permitiesen- para el acondicionamiento de la plaza.

Había una comisión encargada de llevar a buen fin la marcha de todas las labores que suponían los festejos taurinos, asignando el municipio unos jornales *a badaje*, entre otras faenas, para quitar maleza, rellenar los *regachos* de las aguas del año y alisar la superficie de tierra, asegurar puertas y revisar y reparar precedentemente los corrales para los toros, que se situaban en el ángulo NO; y por cuadrillas, o grupos afines se conformaba el ruedo adaptándolo discontinuamente a la forma cuadrangular de la planta, a base de burladeros realizados mediante pies derechos de rollizos de madera empotrados en el terreno, tablones provenientes de los tinos para pisar las uvas, maderos, puertas o cualquier otro elemento que viniese ‘al pelo’.

Los corrales, juntándose varias familias o personas, con el correspondiente permiso de los dueños, se cubrían en su totalidad con tablonadas sobre vigas-rollizo de madera dispuestas entre los muros de éstos y asegurados mediante puntales para reducir sus luces, accediendo el personal por escalerones -de los de coger la fruta- destacando en el conjunto una serie de mástiles o largos troncos, generalmente de chopo, empleados para los andamiajes de las obras, que soportaban entre ellos y a conveniente altura una serie de baldas-asiento, y más arriba una curiosa disposición de sillas sujetas con cuerdas en las que determinadas personas tenían la costumbre de contemplar el espectáculo.

El graderío de obra en la zona ataludada, se repasaba y limpiaba, disponiendo el ayuntamiento bancos de madera para acomodo de las autoridades, en la primera fila sobre el coso, más ancha que el resto, y de la banda de música, situándose ésta a la izquierda, hacia los corrales de las reses.

La vida del pueblo estaba volcada en el entorno de la plaza, con el trasiego de los carros con la madera y las meriendas de ‘sardinas roñosas’ (arenques de cubo), tomates y vino, respirándose en general el ambiente preparatorio de la fiesta con la bulliciosa y abundante chiquillería de entonces -siempre por medio-, pues la población contaba con unos 2.000 habitantes frente a los 700 actuales, siendo costumbre ir a jugar a la plaza en esos días, especialmente a ‘saltar la cuerda’, a ‘toros’ y otros juegos tradicionales.

## COMPOSICIÓN DE LOS FESTEJOS

En los años centrales del siglo XX, la organización de los espectáculos taurinos durante las ferias corría generalmente a cargo de un ‘apoderado’; alquilaba la plaza al ayuntamiento, cobraba la correspondiente entrada y presentaba una serie de actuaciones cómico-aurino-musicales como, por ejemplo, *La Revoltosa* que corría por muchas plazas de Aragón: *sensacional espectáculo internacional, máxima atracción de la temporada* según expresaba la cartelera de la época, dividiéndose en una serie de partes que iban desde la lidia de un novillo a cargo de un novillero o matador de toros, a una serie de ‘charlotadas’ y simulacros de lidia con reses bravas.

Otras veces, el espectáculo era más sencillo, con la actuación de algún novillero seguido de vaquillas para la población; y en alguna ocasión se organizaron festivales benéficos como en 1942, a beneficio del Santuario de la Virgen de la Sierra, en el que actuó, el entonces famoso matador de toros Jaime Noaín, casado con una villarroylene, creando una expectación sin precedentes, y hasta corría una jota que decía algo así:

*Villarroya ya no es villa,  
que se ha vuelto capital.  
¿Quién ha visto en Villarroya  
a Noaín torear?*

## LA LLEGADA DE LAS RESES

El día anterior a los festejos, que normalmente duraban 2 días, llegaban las reses bravas en una camioneta procedente de la ganadería, conociéndose el hacerlo a pie desde Molina de Aragón (Guadalajara) antes de generalizarse los vehículos a motor, pasando la noche previa a la entrada en el pueblo en las choperas de río Martín en el paraje Caravilla, lo que suscitaba la consiguiente expectación y cierto temor por la posibilidad de escape de alguna res, encerrándose en el corral o corrales al efecto en función de su número y permaneciendo durante la noche vigiladas por el responsable de la ganadería.

## LA ACOMODACIÓN DEL PÚBLICO

Como los espectáculos se celebraban en torno a las cinco de la tarde, después de comer, se iba accediendo a la plaza, entre otras cosas, a ‘coger sitio’. Aparte de la zona de gradas, los vecinos se acomodaban en los entablados sobre los corrales por familias o grupos con sus conocidos e invitados, de pie, sentados, o llevándose cada cual su silla para mayor comodidad. También lo hacían sobre las bardas de sarmientos, más incómodo que el anterior para aguantar las tres horas que solía durar la función. Las autoridades, las ‘manolas’, la banda de música y demás invitados del concejo, lo hacían en el espacio reservado de las primeras filas del graderío, y el resto por los burladeros de la plaza. Como los espectáculos eran de pago, los que no pasaban por taquilla los veían un poco más alejados, bien desde el castillo cercano y por los cerros próximos, o desde los tejados y tapias del caserío circundante.

## EL ESPECTÁCULO TAURINO

En los prolegómenos hacía su aparición en la plaza ‘La Veterana’ -como popularmente se denomina a la banda de música local, fundada en 1845-, y más correctamente la Unión Musical Villarroyense, que hacía un pasacalles con sus habituales pasodobles, propiciatorio del correspondiente ambiente e indicación de que en breve comenzaría el espectáculo, y cada cual se iba yendo a su sitio.

Poco después, la entrada de las mulillas constituía un momento muy especial. La cuadrilla de jóvenes encargada de su preparación, siempre dirigida por algún concienzudo mayor, experto en el tema, se tenía a gala presentar a las mulillas -que llamaban la atención en la comarca- según cuentan, de la mejor forma posible, tanto con unas caballerías, en número de tres y ‘bien lustrosas’, las cuales se esquilaban al efecto recortando en el pelo de las ancas diversos dibujos geométricos y expresivas alusiones; así como con unos arreos de guarnicionería y collerones campanilleros bien relucientes, mantas morellanas de colores en los lomos, etcétera.

Tras las mulillas desfilaba la carroza de las ‘manolas’ -posteriormente llamadas ‘mises’, por aquello del desarrollismo turístico español de los años sesenta-, que eran la reina de las fiestas y sus tres damas de honor ataviadas con sus mejores galas: peineta, mantilla española y abanico en mano, seguidas del torero y su cuadrilla, o bien de todo el conjunto del espectáculo cuando éste abarcaba partes diferenciadas de toreo y cómica con reses.

El conjunto daba una vuelta a la plaza entre los sones de ‘La Veterana’ y los aplausos del público, yendo cada cual a su lugar: las mulillas salían fuera de la plaza, las ‘manolas’ subían al espacio del tendido asignado junto a las autoridades, y los toreros se quedaban en el coso, en la zona de burladeros bajo la presidencia.

A continuación, y sin personal por medio de la plaza se procedía al despeje de la misma, el ‘pique de la plaza’. Corría a cargo de un buen jinete de la localidad o del entorno, vestido adecuadamente y provisto de sombrero de ala ancha, el cual entraba espoleando un buen caballo debidamente aderezado para la ocasión dando una serie de vueltas a la plaza a toda velocidad. En una de ellas el presidente del festejo le echaba las

llaves del corral de los toros, las cuales debía recoger, sombrero en mano, sin que se le cayesen al suelo para lucimiento de esta actuación y merecer el aplauso del público, echándose las, en la siguiente vuelta, al encargado de soltar los toros que, tradicionalmente en aquella época, era *el tío Piquetes*. Al salir por la puerta, se cerraba ésta, y con el toque de la música comenzaba la lidia seguida del resto de los espectáculos programados.

Ni que decir tiene, que durante la duración de los festejos se daban todo tipo de vicisitudes tanto en la plaza como en el tendido, y tras la muerte de las reses a estoque, éstas eran arrastradas por las mulillas, teniendo a gala los mulilleros, salir de la plaza a toda velocidad conduciéndolas a través de la calle Barranco y de la carretera -entonces apenas circulaban vehículos- hasta el 'rastró' para su desolle, constituyendo el trayecto un auténtico alarde en el manejo y control de las caballerías.

Al día siguiente, el último día de las fiestas, tenía lugar por la mañana la subasta de la carne en lotes según el despiece de las reses muertas, junto al quiosco de música. ¡Y a por las próximas fiestas!

Alejandro Rincón González de Agüero  
Abril de 2008

Con especial agradecimiento a Gregorio Cestero Gracia y Ángel Cestero Lacal.



Vista aérea del núcleo urbano de Villarroya de la Sierra, destacando la plaza de toros La Dula en la zona superior derecha.